

Pensar en Vlášov, pensar en blanco.

La historia del siglo XX que no cupo en cien años de papel gaceta oficial. Pensar otra World-Wide-War. Pensar otra Europa en Ocupación y otra América Aliada (sin Caribe o, por lo menos, sin la excrecencia de una literatura insular). Pensar otra Alemania, que apostara menos por la ideología y más por el capital. Pensar otra Rusia rebajada del rojo al rosa (la rosa blanca del terrorismo como reacción al macrorrelato estatal). Pensar una escritura en blanco, en Vlášov. Pronunciar una voz privada (en sus dos acepciones: desprovista y personal). Parape-tarse tras un bloque de hierro contra el patogé-nico pathos del realismo social. Releer a aquel Blok de hielo que recitaba "¿qué son para el traidor los sonos de la alegría?"

Pensar una literatura defenestrada y deslo-calizadamente disfuncional. Una lmiteratura traidora, pero no traicionera. Infraterna, sin bor-derline (brotherline).

Son las 12 y nada de la madrugada

de Lawton, La Habana, Cuba, América. Tecleo cosas en mi casona de madera de la calle Fonts # 125. Uso una 486 de la paleohistoria política de este país (es decir, de nuestra más reciente contemporaneidad). Vivo solo, o casi. Mi madre ronca, mi padre ha muerto, y yo he extraviado el amor. (Acaso todos los caminos conduzcan no a Roma sino al romántico Silvio *tralali-tralalá* Rodríguez.)

A esta hora no existe nadie más allá afuera, a pesar de los pitazos de los trenes y los ladridos de mi perra en celo Dudú. A pesar de las lechuzas, murciélagos y una enorme mata de mango en el contrajardín. Sería más bien fácil devenir Senel Paz y narrar entonces con su estilo de niño que las lechuzas lechuzan, los murciélagos murciélaguean, y la mata de mango en fin, ¿para qué continuar...?

Sin embargo, yo continúo hojeando el mamotreto de *Archipiélago GULAG*, de Alexander Solzhenitzin. Es el regalo de una ex-vecina del barrio que desde hace años reside en Madrid, España, Europa. Ya sé que una persona de nervios frágiles no debiera acceder a cierto tipo de documentación. Pero igual yo efectúo la lectura al vuelo de este sanctasanctórum de la traición. De hecho, me gusta el verbo *efectúo*: reafirma mi 1ra. persona y suena con cierto swing militar. Y la felicidad, según mi amigo escritor JAAD, es un by-product de los tiempos

de guerra: semillita perversa que no se da bien en la paz.

En China, el blanco es el color de la

muerte (la rosa blanca de José Martí sería aquí una flor póstuma, funérea, que se desangra toda vez que el cruel nos arranca el corazón con que en fin..., ¿para qué continuar?). Leer es estar en china, quedarse en blanco. Una flor de muerto, un férreo luto de hielo y una litografía muda. Leer es ser condenado a un paredón de piedra roseta, a una muralla que se ve desde el kosmos. Leer es el grado cero absoluto, en grados K (K de Kelvin) y la libertad residual de toda fuga de entropía (lickantropía, válvula de escape y anarcovulva). Leer es el verdadero grado cero de la kultura: la sigla K, un siglo K (K de Kafka). Un desastre entrelíneas, intraklínico. Debris socialipsista versus kruzigrama de poéticas e ideologías. Karl versus Kapitalismo: el match del milenio. Leer es aquel puzzle que no supieron resolver los guionistas del kartoon *Charlie Brown*: si se trata de jugar al wordzap, cualquier palabrota se deletrea con K. Kuo vadis, Revolución? Oh, my Kod: and they just killed K (K de Kenny) por mil y unésima vez...!

Las historias de traidores siempre las

cuenta un traidor. Otro Alexander (Solzhenitzin, no Blok) relata en Lawton al general Vlášov. Se acaba la segunda World-Wide-War. La suástica se tambalea al compás del martillo y la hoz. Rumba roja, rimbombante. Las SS se refugian en un búnker inútil, excepto para el suicidio. A Alemania se le agotan las \$\$ y Europa se derrite como un cake de nata fuera de frío. Ya sólo falta clavar una vela en el corazón de Berlín. O una bala.

Es 1945, el año de la liberación. Los Aliados y el Ejército Rojo avanzan. Traen ladrillos para reconstruir (un muro). Andréi Andréievich Vlášov, con su capote gogoliano de color marrón, sin ningún distintivo de graduación en sus charreteras, cree dirigir una (mala) suerte de Ejército Ruso de Liberación. No por gusto sigue siendo 1945, el año de la liberación.

Vlášov utopiza con una tercera opción. Una ucronía en tiempo irreal, pero on-line: una Rusia blanca capaz de desangrar el tinte rojo de la Madrecita Rusia y sus pesados volúmenes de realismo social. Vlášov cree hallar una grieta entre la ducha asesina alemana y el casquillo acerado de Moscú (los aliados secretos de este

teatro). Vlášov convoca a los prisioneros rusos de Hitler [se pronuncia *Killer*], mucho más antisoviéticos que el dictador alemán: probablemente los únicos que odiaron al patriarca Stalin jamás [se pronuncia *Ktalin*]. Y Vlášov los pone a dar vueltas en círculos por el circo orate de la segunda World-Wide-War.

Es un Ejército anacrónicamente blanco. Desteñido a destiempo, off-line, detrás de las líneas, pues ya no hay fronteras, ni frentes, ni border ni brotherline (es 1945, ¿recuerdan?). Una tropa en tropel, con los ojos y la mente en blanco, en Vlášov. Sólo que ya es demasiado tarde para este tercer estilo de narración. No habrá Vlášov-Writing aquí. Se acaba el cumpleaños y no alcanza el cake para los invitados de sopetón. Además, hay una sola vela y todo el mundo sabe quiénes la tendrán que soplar (si bien es cierto que balas siempre habrá un poquito más).

En 1945, ni Europa ni América quieren leer a Vlášov con sus patéticas cartas de rendición. Nadie se las recibe, se las dejan tal como Vlášov las remitió: una página en blanco. Un general fantasma no amerita ni siquiera un tribunal internacional (*sic semper traidoris*), de manera que su ex-ejército es devuelto en masa a la Rusia natal: ¿primera repatriación forzosa de la historia universal?

En fin: ciclo cerrado, destino cumplido, kosmos resuelto con la acostumbrada criminalidad de Klio. En la Rusia roja ahorcarán entonces a los doce apóstatas blancos, un año después. Sin sangre. Acaso se lo merecieran así. Nada hace suponer que la muerte no fuera su *umwelt* natural.

Ahora sí se acaba 1945 y la segunda World-Wide-War. Con el año de la liberación, sobrevienen la apoteosis nuclear y el auge esteuropeo de los PC (los PC, aún no las PC). Consecuentemente, este relato de traidores tendrá que esperar décadas antes de ser contado otra vez, en la noche blancuza de Lawton, por un traidor (juro que no soy yo, ni Silvio Rodríguez, ni Senel Paz). Sólo se atreve a renarrar los hechos Alexander (Solzhenitzin, no Blok) y, de paso, a mí, en tanto frágil lector, se me van poniendo los nervios de punta con esta historietta bieli (acaso cómics weiSS) del ex general Vlášov.

Hablar en chino, hacerse el chino. Retratarse en blanco y negro en la Plaza de Tianamén. Y en un santiamén hacerse matar en

la Plaza de Tlatelolco. Pasarse de loco, de locuaz. Monolito de Washington o kosmódromo de Baikanour. Bloques insospechados para el poeta Blok. Muralla de Tijuana o de Berlín. Muro de los lamentos o del malecón. El cenotafio de Vlášov o las cenizas del penúltimo traidor. ¿Cómo distinguir este puzzle? ¿Cómo hacer zapping entre los mil y un relatos de semejante tradición de traición? ¿Cómo no terminar impresos en la despótica architextura de un papel gaceta oficial? ¿Cómo redactar nuestra propia carta de rendición, a sabiendas de que en el siglo XXI la institución aún se resiste a leer (devuelven las cartas en blanco al mismo que las remitió)?

VW: Volks-Wagen, el carrito del pueblo. Narrar desde los cacharros, como en una película de aquellos días dirigida por Helmut Käutner (la K más kínica de todo el Tercer Reich).

VW: Vlášov-Writing: manejar una escritura maquinicamente incómoda y subpopular. Embragar un texto informe, infame, casi amorfo contra el fondo fofo de su contexto. Hacer de cada desierto una Pequeña China o una segunda WWW. Preferir la columna y la coetilla antes que el acto de literaturizar. Redactar, por ejemplo, un panfleto sin mayor complejo. Cacofonizar: el robo como poesis. Ser el autor anónimo de esta o aquella proclama de la reacción o, por lo menos, de la post-revolución. Farfullar páginas en blanco en medio de una cuenta ya en números rojos: recontar precarias paginitas de Vlášov para espantar un poco la demasiada filiación, que no fidelidad. Al respecto, irrespetuosamente suscribir o submitir una vlášovescritura bazofia.

VW: lo Very Weird.

Pienso todo esto con las manos en la cabeza. En la calle Fonts # 125. En Lawton, La Habana, Cuba, América (donde acaso todavía persistan los vahos de una literatura exinsular). Pensar pesa, da pánico. Pensar ya es un paso, pero es también sólo una pose. Pensar es una suerte de post-premonición. Pegarse un tiro (una bala o una vela). Pegarse al piso y pegar el oído por el puro placer patrio de paranoizar.

Así.

Ahora oigo otra vez los balidos desvalidos de los trenes, el huckleberry-hooowl de mi perra en celo Dudú, y la flora y fauna social-realista onomatopeyizada por Senel Paz. Sin embargo, hojeo al vuelo el mamotreto de

ARCHIPIÉLAGO GULAG, ese virus retro importado desde Madrid, España, Europa (acaso un caballo de Troya), y entonces aguzo el oído por si frena algún carrito allá afuera. Por si el Estado viene por mí manejando, por ejemplo, un VW de color militar y matrícula HK (¿propiedad o parodia de Helmut Käutner?).

Hacerse ilegible. Obligar al uso de una lupa lector. Tart-a-mudear con tal de no comerse la tarta del realismo social. Huir de todo picacake *legitimador*. Asumir el des(a)lino de mal deletrear en un búnker antes usado de cementerio. Sementerio, ludens lácteo. Ser un bárbaro, un tártaro, un ruso blanco desteñido a fuerza de lejía lectiva. Descubrir de pronto que nuestra firma aparece (es sólo una broma, claro) en el payroll del Ejército Ruso de Liberación, donde ni Vlášov ni nadie nunca cobró: en 1945 las SS carecían de \$\$\$. Y pagar entonces bien caro esta broma maKbra (K de Kundera), donde nadie se va a reír porque "¿qué son para el traidor los sonos de la alegría?"

Narrar en el mar. O al menos pensar que las madrugadas del 2007 son la estación perfecta para narrar en el mar. No es tan difícil devenir de pronto Andrei Andreievich Vlášov, y que este mismo año sea entonces nuestro 1945 molecular y privado (en sus dos acepciones: desprovisto y personal). Nuestro año si no de liberación, por lo menos sí de una escritura liberada. Librada incluso de la felicidad en tiempos de WWW (esto bien podría ser una cita de mi amigo JAAD). Efectuar una traidora (pero nunca traicionera) Vlášov-Writing que estamos en el derecho de dejar en blanco, que es igual pero no es lo mismo que el deber de dejar de escribir (definitivamente, todos los caminos se rinden ante Silvio *tralalí-tralalá* Rodríguez).

En fin, ¿para qué continuar...?

A mí me basta con este último y desafinado **VW:**
Vralalí-Wralalá.

Orlando Luis Pardo Lazo
La Habana 71

